

NOELIA AMARILLO

BESOS PROHIBIDOS



Besos prohibidos

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

© Noelia Amarillo, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Luis Molinero – Shutterstock

Primera edición: marzo de 2020
ISBN: 978-84-08-22366-5
Depósito legal: B. 2.917-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



«*Me siento tan sola. ¿Dónde estás, amado mío?*»

Miércoles, 30 de octubre de 2019

—*Es una historia profundamente erótica que habla del primer amor y del descubrimiento de la pasión y la sexualidad. Un encuentro entre almas gemelas destinadas a separarse que luchan por encontrarse a pesar de la adversidad.*

—*¿Acaban de suspirar todas las mujeres del auditorio o lo he soñado?* —le susurró malicioso Jota a Raúl.

—*Han suspirado. Todas. Incluida la mía.* —Raúl miró de refilón a la hermosa morena sentada a su lado.

Jota sonrió al comprobar que, en efecto, Cristina observaba embelesada al hombre que estaba sobre el escenario, protagonista indiscutible de esa velada.

—*Ten cuidado con el guaperas, puede destronarte en su corazón* —le advirtió burlón mientras el escritor hablaba de su último, y único, libro desde el escenario del abarrotado auditorio Axa.

Una cantidad sorprendente de bloggers y un par de periodistas se mezclaban, móviles en mano, con la marabunta de lectores que llenaba la sala. Habían acudido allí para recibir entusiasmados la noticia de que el último fenómeno literario de masas, una novela romántica que había capturado el corazón de millones de lectores en todo el mundo, iba a llevarse a la gran pantalla.

Un nuevo suspiro colectivo resonó en la sala y Jota no pudo evitar sonreír artero. No le extrañaba que las mujeres allí reunidas, que estaban en proporción de noventa a uno con respecto a los hombres, suspiraran. Tenía Tristán del Álamo, pues así se llamaba el escritor, ese tipo de voz profunda y aterciopelada que, más que comunicar, seducía. Hablaba con un estudiado equilibrio entre silencios, sonrisas y revelaciones cómplices destinado a cautivar. Poseía una belleza hipnótica imposible de ignorar. Alto y dotado de un físico trabajado, tenía una salvaje mata de cabello castaño con reflejos dorados y unos luminosos ojos grises. Pero era su sonrisa sugerente y traviesa lo que fascinaba a los allí reunidos. Le bastaba con sonreír para tener el mundo a sus pies. Y eso era lo que llevaba haciendo desde que había empezado la charla.

—La fuente de inspiración para esta novela tan personal es Villa Fortuna, la casona en la que pasé los veranos de mi adolescencia, y que se ha convertido por derecho propio en el escenario en el que se desarrolla la trama. Esta historia, a pesar de ser ficción, tiene mucho de mí —apuntó Tristán con un guiño cómplice—. Fue allí donde desperté a la pasión y me adentré en el frágil sendero del amor. Allí, donde experimenté por primera vez las mieles del placer, y os aseguro que las disfruté sobremanera —esbozó una sonrisa canalla—. Por eso el sexo desempeña un papel tan importante en este libro. De hecho, muchas de las escenas eróticas que describo explícitamente están basadas en mis vivencias. Cuando estaba casado disfruté del sexo con asiduidad y, ahora que estoy divorciado, puede decirse que me entrego a él con regocijo en cada oportunidad que se me presenta.

—Menudo cabronazo, acaba de decirle a un auditorio lleno de mujeres que está soltero y abierto a recibir ofertas. Yo de mayor quiero ser como él —musitó Jota antes de que un punzante codazo de su ofendida vecina de silla lo silenciara.

Resopló enfadado por el inmerecido ataque pero, antes de que pudiera quejarse, Cristina, la mujer de Raúl, se puso en pie y con una enorme sonrisa en sus labios pintados de azul le preguntó al escritor qué sentía al saber que la película se iba a rodar en ese escenario de juventud que tan especial era para él.

—Me provoca una gran emoción. Villa Fortuna es el único lugar que puede captar la esencia de la novela y trasladarla a la gran pantalla —afirmó Tristán con aire soñador—. Saber que la productora ha tenido en cuenta mi petición me conmueve profundamente.

—Este tío miente más que habla. No fue una petición, sino una exigencia —bufó Jota en voz baja—. Teníamos que rodar allí sí o sí según el contrato que firmó hace años con la productora. También tiene carta blanca para pasarse por la casa y darnos consejos mientras rodamos. —La manera en que Jota apretó los dientes dio buena muestra de lo «adecuado» que eso le parecía—. Por lo visto, considera que sólo con su acertada visión podremos trasladar al celuloide su obra maestra respetando su verdadera esencia.

—No puedes hablar en serio, nadie en su sano juicio aceptaría esa condición. —Raúl lo miró incrédulo. Jota asintió, reafirmando-se en lo dicho—. Sinceramente, comienzo a dudar de que Alejo no sufra algún tipo de demencia..., al fin y al cabo, te ha aceptado en su película. Eso sí que es increíble —musitó perplejo.

Alejo Cano era uno de los productores ejecutivos de cine y televisión más poderosos de España, y también el hombre que les había prometido siete años atrás que no volverían a rodar. Y así había sido durante un lustro, hasta que otro productor se saltó el anatema y contrató a Raúl para dirigir una serie sin pretensiones y con un presupuesto irrisorio. Raúl exigió a Jota como director de fotografía, algo que le fue concedido a regañadientes. Rodaron la serie y, contra todo pronóstico, ésta se convirtió en un gran éxito, logrando que los marginados directores volvieran a ser tenidos en cuenta.

—Por lo visto, se hartó de oír los maullidos lastimeros de su adorado sobrinito del alma y cedió a su capricho.

Raúl arqueó una ceja instándolo a explicarse.

—Tristán es el único sobrino de Alejo. ¿No lo sabías? Yo tampoco. Lo descubrí hace un par de semanas. Eso nos pasa por no hacer caso de los cotilleos que corren en los rodajes. —Jota chasqueó la lengua—. La cuestión es que las exigencias de Tristán han provocado algunos problemas. A ningún director le apetece tenerlo rondando. De ahí que vaya a rodarla una directora casi desconocida

que va a trabajar como una negra por un sueldo irrisorio. Lo que refuerza mi teoría de que Alejo no quiere gastarse dinero en hacer una película basada en un libro superventas que, sin embargo, ha recibido unas críticas pésimas.

—Pues que no la haga.

—Hay varias productoras detrás de los derechos. El libro puede ser malo de cojones, pero ha sido el más vendido del último año y eso cuenta mucho. Alejo no puede arriesgarse a que una productora de la competencia haga la película y ésta se convierta en un éxito rotundo. Menos aún si tenemos en cuenta que compró los derechos cinematográficos de la novela mucho antes de que estuviera escrita y que el plazo de cesión está próximo a terminar.

Raúl lo miró sorprendido. Eso era una locura. Nadie compraba los derechos a un escritor desconocido que todavía no había escrito su primera novela.

—Por lo visto, a Tristán le hacía falta dinero y le ofreció a Alejo los derechos con mucha insistencia. Alejo, harto de oír a su sobrino del alma, los compró para que lo dejara en paz. Años después Tristán acabó la novela y ésta se convirtió en un éxito, dejando a Alejo con los derechos del libro. Así que... ¡Ay! —exclamó al recibir otro codazo de su vecina de silla. Un codazo que, ni corto ni perezoso, devolvió—. Lo siento, ha sido sin querer queriendo —se disculpó con sorna.

—Vamos fuera —sugirió Raúl.

Jota aceptó de buen grado y nada más pisar la calle sacó la petaca, dio un largo trago y la mantuvo en su mano. Pensaba acabársela antes de regresar a la sala de tortura.

—Así que Tristán es sobrino de Alejo —comenzó a decir Raúl.

—Y es igual de gilipollas y prepotente que él —apostilló Jota bebiendo de nuevo.

—Pero sigo sin entender por qué te ha aceptado como director de fotografía. Que yo sepa, te sigue odiando...

—Profundamente, además —admitió Jota—. Pero a la directora la impresionó mi trabajo en «Besos robados» y exigió que yo me ocupara de la fotografía y Alejo aceptó.

—¿Así, sin más? —cuestionó Raúl. Jota asintió—. ¿Sin que fuera necesario amenazarlo de muerte?

—Según me explicó él mismo, está tan seguro de que voy a cargarla que no le preocupa contratarme, más aún, lo está deseando. Quiere demostrar a todos los que defienden mi trabajo en «Besos robados» que sigo siendo escoria.

—Qué cabronazo. No hagas nada que le dé la razón. —Raúl señaló molesto la petaca.

—Intentaré portarme bien, pero ya sabes cómo soy, me gusta caminar en el filo —replicó Jota con mordacidad antes de dar un largo trago.

—Ten cuidado o te acabarás cayendo —lo exhortó—. ¿Qué tal con Lorie?

—Nos hemos reunido varias veces para revisar las localizaciones y hablar sobre cómo quiere enfocar la película. Es guapa. —Jota se encogió de hombros—. Rubia, ojos claros, rondará los cincuenta años. No me importaría acostarme con ella, nunca le hago ascos a una mujer bonita —sentenció bebiendo de nuevo.

—No es eso lo que te estoy preguntando —le recriminó Raúl.

Jota soltó un resoplido que pretendía ser burlón pero le salió desabrido. Por supuesto que sabía a qué se estaba refiriendo, y desde luego no era a la hermosura o falta de ésta de su nueva directora.

Habían tenido que pasar siete años desde que Alejo Cano lo sentenció al ostracismo cinematográfico para que alguien que no fuera su mejor amigo lo reclamara como director de fotografía. No podía joderla otra vez. Tenía que demostrar a todos, empezando por sí mismo, que se podía confiar en él.

Y la directora que le había tocado en gracia no se lo iba a poner fácil.

—Por lo que he oído, se ha inventado a sí misma —comentó con fingida desidia—. Nadie sabe mucho sobre ella, más allá de que es española y que Lorie Agar no es el nombre con que la bautizaron, sino el que eligió cuando irrumpió hace unos años en el mundillo cinematográfico francés. Apareció de repente, sin un pasado y sin que nadie supiera nada de ella, excepto el productor franchute que se convirtió en su mecenas. Empezó haciendo anuncios, hasta que

el año pasado realizó su primer cortometraje, con el que ha ganado varios premios en Europa.

—No está mal.

—No lo está, no —convino Jota en tono disgustado.

—¿Cuál es el problema?

—Su método de trabajo consiste en prepararse poco e improvisar mucho... —Alzó la petaca en un brindis antes de volver a beber.

—¿Improvisar mucho? —Raúl lo miró escandalizado. En su profesión, tenerlo todo estudiado y preparado era fundamental. No se podía rodar dejándolo todo al azar. O peor aún, a la inspiración. ¡Era de locos!

—Por lo que sé, tiene por costumbre cambiar lo preparado, ignorar el guion técnico y decidirlo todo sobre la marcha. Una joyita. Lo mejor que me podía pasar.

—¿Quién te ha contado eso?

—Es lo que se rumorea sobre ella.

—Los rumores suelen ser mentiras, no deberías fiarte de ellos.

—Y no lo hacía. Hasta que la conocí. Esa mujer es una fuerza de la naturaleza. No admite réplicas ni permite que nadie le diga cómo hacer nada. Nunca da un paso atrás. Tiene una voluntad de hierro y un humor volátil. —Dio un trago a la petaca—. ¿Conoces algún garito interesante por aquí? Me apetece salir de fiesta esta noche.

—¿Lo crees prudente? Llevas toda la tarde bebiendo —Raúl miró con censura la petaca—, sería mejor que te fueras a dormir para estar despejado mañana. Viajar con resaca no es agradable.

—¿Y a cuenta de qué voy a viajar mañana? —Lo miró sorprendido.

—¿No empezáis a rodar el lunes?

—Sí. ¿Y?

—Deberías llegar mañana a La Hoya. ¿No crees? —dijo refiriéndose al pueblo donde se ubicaría el rodaje principal—. Así comprobarías que está todo listo para rodar.

—No hay prisa, hasta el viernes no me esperan. Además, voy a estar encerrado en ese pueblo de mala muerte un par de meses, así que prefiero llegar tarde que pronto. Y de todas maneras mañana voy a estar muy ocupado —señaló con una sonrisa engreída.

—¿Haciendo qué?

—Gozando de mi libertad, al fin y al cabo a partir del lunes no voy a poder hacerlo. Mi vida va a quedar reducida a trabajar, estar sobrio y mantenerme célibe.

—Deberías tomártelo en serio...

—Y me lo tomo en serio. Por eso pienso beber y follar sin descanso desde ahora mismo hasta el viernes por la mañana.

La mirada acusatoria que Raúl le dedicó dejó clara su opinión con respecto a eso.

—Está bien. Seré un niño bueno —consintió antes de añadir malicioso—: A partir del viernes. Hoy y mañana, no.

—Tú verás...

—Y tanto que veré. No tienes ni idea de cómo es el pueblo en el que vamos a rodar. Es el aburrimiento personificado. Ni siquiera tiene bares, sólo una taberna, y no te imaginas el nombrecito que le han puesto: el Refugio de las Ánimas. ¿A quién en su sano juicio se le ocurre llamar así a un lugar de esparcimiento?

—En Madrid está la Posada de las Ánimas y la frecuentan televisivos de pro...

—Sí, pero la de Madrid no está en un pueblo asturiano de cien habitantes emplazado en mitad de un jodido valle que pasa más tiempo envuelto en niebla que bañado por la luz del sol. Y no es una niebla normalita, qué va. Es una niebla espesa e inquietante, de esas que recuerdan a las viejas películas de fantasmas, muy del estilo de *Los otros* o *Posesión infernal*. Da grima entrar en el valle, es... siniestro.

—Por lo que veo, has leído el libro y te ha dejado huella —comentó Raúl en referencia a la novela a cuya presentación acababan de asistir.

—Tú riéte, pero ¿sabes cómo llaman a la casona en la que vamos a rodar?

—Villa Fortuna.

—Ése es el nombre oficial, pero todos la llaman el palacio de las Viudas porque allí sólo han vivido viudas desde que se construyó en 1861.

—Se supone que si son viudas es porque antes se han casado, lo

que significa que han vivido con sus maridos —comentó Raúl cáustico.

—Sí, pero éstos les duran un suspiro. En cuanto los pobres hombres se casan y tienen su primer hijo, mueren en circunstancias poco corrientes.

Raúl lo miró arqueando una ceja.

—Y no es que me importe; no soy el heredero de la villa y tampoco pienso casarme ni tener hijos, así que imagino que estoy a salvo —continuó Jota mordaz—. Pero, joder, ese sitio tiene algo que me pone los pelos de punta.

—¿No lo ves adecuado para la película?

—Al contrario. Es perfecto. Lo rodea un halo trágico de lo más apropiado. Es una casona enorme con un interior de gran impacto visual, lo que nos permitirá hacer grandes cosas con muy poco presupuesto, algo que obviamente no tenemos. La productora ha alquilado la finca y un solar cercano en el que montarán el campamento de rodaje. Lo mejor de todo es que a unos pocos afortunados, entre los que me cuento, nos han ofrecido un dormitorio en la casa.

Raúl lo miró asombrado, eso no era nada habitual.

—El ático no lo vamos a utilizar en el rodaje, por tanto la productora nos cede las habitaciones y así se ahorran autocaravanas —señaló—. Aunque por ahora sólo yo he aceptado la oferta. El resto prefiere dormir en el campamento.

—¿En tan mal estado está la villa? —inquirió Raúl.

—En absoluto, para lo vieja que es, está genial. No es por eso. Es por los fantasmas.

—¿Fantasmas?

—Según los aldeanos, todos los maridos de las viudas siguen en la casa, paseando como almas en pena por sus rincones. —Imitó a los zombis de *Thriller* de Michael Jackson.

—Menuda tontería.

—Pues sí —coincidió Jota—. Pero la cuestión es que es realmente tétrica. Si yo fuera una persona impresionable, no me resultaría fácil rodar allí. Menos aún dormir.

—Entonces menos mal que no lo eres —dijo Raúl mordaz.

—Sí, menos mal que no lo soy... Por cierto, mañana me pasaré por tu casa para dejarte las cosas que no me llevo al rodaje.

Raúl lo miró taciturno. Cada vez que Jota se embarcaba en un nuevo proyecto abandonaba el piso de alquiler en el que había residido los últimos meses. Y no porque necesitara ahorrarse el dinero, en absoluto. Raúl pensaba que era porque su amigo era incapaz de permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Así que recogía sus cosas, dejaba algunas en casa de Raúl y el resto se lo llevaba al lugar en el que fuera a trabajar. Y al finalizar el trabajo pasaba unos días en su casa, descansando con Cristina y con él, hasta que la inquietud le podía y volvía a marcharse para deambular por España, o por el mundo, vaya usted a saber, hasta que de nuevo sentía la necesidad de instalarse en algún lugar un par de meses, hasta que le salía otro rodaje y todo volvía a empezar.

—¿No te cansas de estar continuamente cambiando de casa?

—La verdad es que no. Apenas tengo nada que quiera conservar, por lo que las mudanzas se limitan a dos maletas, la que me llevo y la que te dejo a ti —respondió burlón.

—No hace falta que lo jures —replicó Raúl, que llevaba años guardándole dicha maleta—. Cristina dice que no te quedas nunca mucho tiempo en el mismo sitio porque...

—Soy un culo de mal asiento —lo interrumpió Jota.

—Porque se te cae la casa encima —prosiguió Raúl ignorándolo.

—Coño, si se me cae encima es mejor que no me quede, morir aplastado suele ser doloroso y bastante desagradable —repuso Jota guasón.

—Y porque no soportas la soledad de una casa vacía...

—Si estoy yo en ella no está vacía —se burló Jota antes de dar un trago a la petaca—. Déjalo, Raúl. Me cae genial tu mujer, es extraordinaria, pero tiene mucha imaginación. Cambio tanto de casa porque me gusta la variedad y me aburre vivir siempre en el mismo sitio. No hay más misterio. —Miró interesado a un grupo de mujeres que pasó a su lado—. Hora de ir de caza —se despidió yendo tras ellas.

Las siguió hasta doblar la esquina y luego se marchó en sentido

contrario. Porque la verdad era que no le interesaban lo más mínimo. Sólo habían sido una excusa para finalizar una conversación que se estaba volviendo demasiado intensa y paternalista, amén de peligrosa, pues Cristina se acercaba de manera alarmante a la verdad.

Oh, no le importaba la soledad, de hecho había momentos en los que la agradecía.

Lo que no soportaba era entrar en una casa y saber que era sólo un habitáculo más o menos grande en el que se protegía del clima y guardaba las pocas cosas que tenía. No importaba que fuera un chalet, un piso o un loft, ni que estuviera en la playa, en la ciudad o en un pueblo deshabitado, la sensación siempre era la misma.

Estaba aislado entre cuatro paredes, alejado de todo y de todos, en un espacio yermo e impersonal que, sí, se le caía encima.

Y daba igual cuántas veces hubiera intentado llenar ese espacio cambiando la decoración, poniendo cuadros, añadiendo adornos... Continuaba estando vacío. Tan vacío como se sentía él.

Seguramente porque era imposible llenar algo cuando la soledad se había convertido en su única compañera.

Por eso le gustaba visitar la casa de Raúl, porque desde que Cristina había entrado en su vida estaba llena. Llena de luz, de risas, de cariño.

Ellos eran su familia, el único lugar al que podía llamar hogar. Aunque en realidad no lo fuera. Pero se le parecía bastante.